

Valió la pena

Carlos Juan Hernández



Image not found.

Capítulo 1

Valió la pena

Laura salió de casa pasadas las dos de la mañana. El toque de queda prohibía pisar las calles a todos los ciudadanos más allá de las diez. Pero nada pudo mantenerla entre las cuatro paredes de su cuchitril aquella noche. Porque aquella noche era distinta a todas las demás.

Asomó la cabeza por el quicio de la portería y se quedó petrificada unos instantes. Aguzó su oído, intentando escuchar el rumor de los furgones blindados. Nada, solo la vigilaba el silencio. O eso pensó ella. Caminó por la acera con paso presuroso, parándose en cada esquina y conteniendo el aliento. Tenía que llegar a la estación de ferrocarriles, y tenía que hacerlo antes de las tres.

Por las noches había muchas calles cortadas desde que el nuevo gobierno consiguió hacerse con el poder. Para controlar mejor a los ciudadanos, cerraban todos los callejones y dejaban abiertas, únicamente, las grandes avenidas. Así sería más sencillo saber quién pasaba por cada lugar y hacia dónde se dirigía. Logró llegar a las inmediaciones de la plaza de las Flores sin ser detectada, pero una vez allí, continuar sin ser vista parecía imposible. La plaza, iluminada por potentes focos, era como la boca de un embudo. Todos aquellos que se saltaban el toque de queda debían intentar pasar por allí, a la fuerza, si querían despedirse de sus familiares y amigos, lo cual estaba terminantemente prohibido. Y la mayor parte de aquellos que lo intentaban eran, tarde o temprano, descubiertos, capturados, golpeados, encarcelados, juzgados y, finalmente, ejecutados. Eso con suerte, porque no era extraño morir sin juicio previo, de forma clandestina. Cosas del estado de excepción.

En la plaza reinaba el silencio, salvo en algunos momentos en los que se oía o bien el cuchicheo de los vigilantes o los llantos de los arrestados. Laura intentó contar a los vigilantes. Tres, cinco, ocho...eran todos los que tenía a la vista. Pero también había dos garitas, en las que era más que probable que hubiese otros agentes del gobierno dispuestos a cortarle el paso. El miedo hizo temblar a Laura mientras pensaba: «No hay forma de pasar, no me atrevo...Alberto no querría que me arriesgase a ser capturada intentando verle por última vez». Empezó a retroceder, de vuelta a casa. Adiós para siempre.

Cuando ya se había dado por vencida comenzó a escuchar revuelo en la plaza. Disparos, gritos, una alarma sonando sin parar. Volvió a acercarse, sin pensar demasiado en las consecuencias que podría acarrearle. Contempló, asombrada, a cuatro rebeldes atrincherados en un lado de la plaza, armados con ametralladoras y granadas de mano. «No sé si los rebeldes han sido valientes o temerarios al atacar, ¿qué hago?» pensó

Laura mientras observaba a aquellos cuatro hombres. Un escuadrón completo de agentes abandonó el puesto de control y empezó a rodear a los rebeldes. No tardaron en acorralarlos con sus escudos de wolframio, un material que es incluso más resistente que el diamante. Un agente tomó un megáfono y dijo:

— Les habla el coronel Bermejo. No tienen nada que hacer, depongan las armas ahora o morirán todos.

Aguardó unos segundos, esperando una respuesta que no tardó en llegar.

— ¡Sois vosotros, bastardos, los que deberíais deponer las armas, pero no lo haréis porque sois imbéciles!—dijo uno de los hombres, escondido entre barricadas improvisadas.

Los agentes rieron a carcajadas. El coronel volvió a dirigirse a los disidentes a través del megáfono:

— No os pongáis chulos, que luego será peor. ¿Por qué tendríamos que deponer nosotros las armas, si os tenemos encerrados? —dijo el agente—. ¿Sabes qué me gusta hacer con los que se resisten? Les arranco la piel a tiras. ¿Vais a rendiros, o me daréis el gusto de desollaros vivos? Tenéis diez segundos — sentenció con firmeza.

La respuesta no tardó ni cinco segundos en llegar. Una bengala salió disparada hacia el cielo, cubriendo la plaza con un manto de luz rojiza. Laura observaba, completamente paralizada, desde el otro extremo de la plaza. «No puede ser, ¡acaban de mandar una señal!», pensó Laura, «pero, ¿a quién?». Cuando la bengala estaba en su punto más alto, justo antes de empezar a caer, la señal surtió efecto. Uno, dos, tres agentes muertos. Las balas llegaban de puntos indeterminados y abatían a sus objetivos. Cundió el pánico en la plaza y, aquellos policías que minutos antes amenazaban con desollar vivos a los rebeldes, se vieron obligados a batirse en retirada. Muchos cayeron intentando ponerse a cubierto. Entonces cesaron los disparos, y al mismo tiempo se apagaron todas las luces que iluminaban la plaza. Un apagón total.

«Esta es mi única oportunidad, es ahora o nunca. Ahora o nunca. Ahora o nunca. Ahora o nunca», pensó Laura para sus adentros. Empezó una carrera por el lado opuesto al de la escaramuza, acercándose al puesto de control que la separaba de la estación de ferrocarriles y, por extensión, de Alberto. No había corrido tanto en su vida, pero debía aprovechar el momento de caos si quería ver por última vez a su marido. Llegó al puesto de control y dejó de correr. Aminó el paso mientras cruzaba al otro lado sin ser vista. «¿Lo he conseguido? ¡Estoy pasando! No me lo puedo creer», pensó Laura. Pero una mano fría y dura la agarró del hombro con

fuerza.

— ¡Eh, señorita!, ¿Qué se cree que está haciendo? Aquí no pasa nadie sin autorización. Deme su documentación, ¡ahora mismo!

Laura se dio cuenta de que no llevaba documentación. ¿Para qué sirve cuando planeas hacer algo ilegal? En una milésima de segundo tuvo una idea, la única que podía salvarla en esas circunstancias. Le lanzó al agente la mirada más arrogante que pudo, y observando la insignia identificativa que llevaba al pecho, dijo:

— ¿Cómo te atreves a ponerme la mano encima? ¿Sabes quién soy, agente...0076B? Soy la esposa del coronel Bermejo, estúpido. Estaba en una de las garitas esperando a mi esposo, pero me ha dicho que me largue de aquí en cuanto ha comenzado el tiroteo con esos asquerosos rebeldes —dijo Laura, intentando sonar convincente.

Aquello hizo dudar al agente, cuyo semblante cambió en un segundo. Su rostro se contrajo en una mueca de miedo. Laura supo que tenía que terminar de convencerle de que tendría problemas si la retenía allí.

— Si no quieres que mi marido te arranque la piel a tiras, déjame pasar. O sufrirás las consecuencias cuando el coronel termine con los insurgentes —dijo con todo el desprecio que pudo.

Hubo unos segundos interminables en los que el agente escudriñó a Laura, que le aguantó la mirada hasta el final. Tras aquel momento de indecisión, el policía se apartó, bajó la cabeza y dijo:

— Mis disculpas, señora Bermejo. Lo siento mucho. No sabía que estaba usted en la plaza. Le diré al coronel que la dejé pasar y que está a salvo.

Laura no daba crédito, pero acababa de engañar a un agente para que la dejara pasar. «No debe ser el más listo de su promoción», pensó mientras se alejaba, al tiempo que le dirigía una mirada furibunda al agente.

Una vez traspasada la plaza podía relajarse un poco, los controles no eran tan habituales ya que se consideraba una zona segura, por lo que no resultaba necesario esconderse tras cada cubo de basura. Se estaba acercando, por fin, a la estación de ferrocarriles. El reloj marcaba las tres menos cuarto. Tenía quince minutos para llegar antes de que el convoy en el que iba Alberto abandonara la estación. Los vagones siempre volvían, pero completamente vacíos. Los prisioneros eran conducidos a las cárceles situadas en las afueras para morir de extenuación tras mucho trabajar y poco comer. Dicen que es una muerte horrible, porque sientes como tú

cuerpo se queda sin energía poco a poco, gota a gota.

Ya estaba lo suficientemente cerca de los ferrocarriles, pero ahora tenía que pensar dónde situarse para intentar encontrar a Alberto. Se metió en un callejón adyacente a la estación y trepó una verja oxidada. En el otro lado había un camino de tierra. Oscuro, húmedo y fangoso. Lo siguió hasta llegar al que consideró el mejor punto para observar la estación. Eran las tres menos cinco. «Justo a tiempo», pensó.

Un grupo de agentes apareció escoltando a una fila interminable de prisioneros con grilletes en las manos y los pies. Laura rompió a llorar en cuanto les vio. No pudo evitarlo. Saber que Alberto era uno de ellos le partía el corazón. Las lágrimas le impedían ver con claridad, pero seguía buscando desesperadamente a su marido. Y lo encontró. Era el último de la fila. Estaba tan desarrapado como los demás. Al parecer, todos los hombres son iguales cuando les pones un mono amarillo y les das una paliza de muerte. Laura cayó al suelo, temblando de miedo, gimiendo sin control y estirándose de los pelos. Hasta que una voz surgió detrás suyo.

— No debiste arriesgarte a venir aquí solo para ver a un hombre que, aunque no lo sabe, ya está muerto —dijo la voz.

Laura se giró, asustada, intentando identificar a la persona que la hablaba. Pero le apuntaba con una linterna que la cegaba y le impedía ver nada.

— ¿Quién eres? —dijo entre sollozos.

El extraño apagó la luz y Laura pudo reconocerle a la perfección.

— Cometiste un grave error al venir hoy aquí. Soy el agente 0076B, ¿te acuerdas de mí? —dijo el policía, esbozando una sonrisa lobuna. Ella siguió llorando, desconsolada.

»¿De verdad pensaste que me engañarías? ¿No pensaste que le preguntaría al coronel Bermejo si su mujer estaba en la garita antes de que empezara el tiroteo? ¿Me tomas por imbécil? Esto te va a costar caro, querida. —dijo el agente.

Laura no contestaba, no podía hacer otra cosa más que retorcerse en el suelo. Y en aquel momento las campanas dieron las tres. El tren se puso en marcha, listo para llevarse a aquellos hombres para siempre. El agente 0076B sacó su pistola del bolsillo interior de la chaqueta y empezó a enroscarle un silenciador.

— ¿No queremos que nadie nos oiga, ¿verdad? Ponte de rodillas, “esposa”

del coronel Bermejo —dijo el policía.

Laura se incorporó gimoteando y gritó:

— ¡Mátame! ¡No merece la pena vivir en este mundo que habéis creado! ¡Mátame, pero vendrán más como yo! Todos vosotros sois escoria que solo sabe odiar. Tenéis la fuerza bruta, y por eso venceréis. Pero nunca, nunca convenceréis, y por eso llegará el día en que os den vuestro merecido. ¡Dispara, cobarde, pero que sepas que vas a matar a una mujer libre!

El ferrocarril salió de la estación y en unos segundos el traqueteo se convirtió en un rumor lejano. Todo quedó en silencio, como había sucedido esa misma noche justo antes de que Laura saliera de casa. El agente terminó de colocar el silenciador. Le quitó el seguro a la pistola con frialdad, apuntó a Laura, que le devolvía la mirada con fiereza, y tras un instante eterno, apretó el gatillo. Ya tendida en el suelo, en su último aliento de vida, a Laura le vino a la cabeza su marido, Alberto, esposado en el andén, y pensó «valió la pena», y así murió. Sonriendo.